

Hasta que una carcajada  
De éste, á todo trapo suelta,  
Cambió del tado por último  
La situación de la escena;  
Cesó de reir don Juan  
Y dijo de esta manera,  
Cada cual dando á su tiempo  
A sus palabras respuesta.

DON JUAN.

Sepamos con quién se habla,  
Señor hidalgo. En Palencia  
Soy yo don Juan de Alarcon,  
¿Quién sois vos en esta tierra?

DON LOPE.

Ya hidalgo me habeis llamado.

DON JUAN.

No tengo aun mas que sospechas  
De que sois tal por el traje,  
Y vuestra barba de á terciá.  
Mas no es esa la pregunta:  
Alrededor de esta mesa,  
¿Qué nombre usa su merced,  
Sea en otra parte quien sea?  
Mas veo que os recatais  
Y os haré la delantera,  
Que es bien que antes os entere  
De lo que acontece. Sepa,  
Pues, señor mio, que asuntos  
De mi familia y hacienda  
Me obligaron de esta casa  
A hacer una corta ausencia.  
Ahora bien, sin mas rodeos,  
Pues veis que he dado la vuelta,  
El caso es que aquí sobra uno:  
¿Quién, pues, se va, y quién se queda?  
Si es que comprais, declaremos  
Nuestra posesion en venta;  
Si lo debeis á la suerte,  
La suerte entre ambos resuelva;  
Y ó al que le toque la pierda,  
O quien dé mas se la lleva,  
O de quererla los dos,  
Espada en mano, y afuera.  
Elegid.

—El juez que en tanto  
Todas sus razones pesa,  
Y en todo evento prefiere  
No dar razon de quién sea,  
Dijo, convengo en tirarlo  
Al azar.

—En hora buena.  
Echóse don Juan al punto  
La mano á las faltriqueras,  
Y dijo al sacarla:—véamos,  
Yo dejo el puesto si acierta.  
¿Hay pares ó nones?

—Pares.  
—Contad, pues, esas monedas,  
Y echó don Juan en un plato  
Nueve onzas en nueve piezas.  
—Perdí, dijo el juez, y el otro

Que adivina lo que piensa,  
Díjole: meted espadas  
Si los oros no os contentan.  
—A poder en este instante,  
¿Juro á Dios que las metiera!  
—¿Qué inconveniente teneis?  
Declaradlo con franqueza,  
Que aunque siempre estoy á punto  
De empezar una quimera,  
Cuando me señalan plazo  
Ninguno me mete priesa.

Miróle el juez de soslayo,  
Y por bajo de las cejas  
Chispeándole los ojos,  
Tomó á espacio la escalera,  
Oyéronse sus pisadas  
Irse alejando por ella,  
Y oyósele alzar la aldaba  
Y el golpe que dió en la puerta.

SIRENA.

¿Señor don Juan, qué habeis hecho!  
Todo lo habemos perdido.

DON JUAN.

¿Pues quién es? ¿es tu marido?

SIRENA.

No.

DON JUAN.

Pues justo es mi derecho.  
Ya viste que le propuse  
Para adquirirse tu amor,  
Azar, dinero y valor,  
No hay, pues, de que se me acuse.

SIRENA.

¿Ay don Juan, que lleva ese hombre  
La intencion mas depravada!

DON JUAN.

¿Acaso estoy sin espada?

SIRENA.

Cuando yo os diga su nombre  
Temblareis...

DON JUAN.

¿Su nombre acaso  
Es un volcan ó una mina,  
Que está ardiendo á la sordina  
Y esperando nuestro paso?

SIRENA.

Ese hombre á quien provocais  
Es el alcalde Aguilera.

DON JUAN.

No me parece una fiera.

SIRENA.

¿Ay de vos si con él dais!

DON JUAN.

Y ¡ay dél sin conmigo da!  
Mas niñerías aparte,  
Puesto que vuelvo á encontrarte,  
Dí, niña, ¿cómo te va?  
—Bien, ¿y á vos?

—Famosamente.  
—¿Y Margarita?  
—No sé  
¿Vive Cristo! ni quién fué  
La tal mujer.

—Bravamente!  
¿Y don Gonzalo?  
—Buen lance  
El suyo! ¡y qué bien riñó!  
Mas para otro mundo echó,  
Y ya el diablo que le alcance.  
—¿Le matásteis?

—¿Y qué hacer?  
Se empeñó en hallar venganza  
A causa sin esperanza,  
¿Qué habia de suceder!  
—¿Pobre muchacho!

—Eh! dejemos  
En paz á quien ya no existe,  
Y que no llegue lo triste,  
Sirena, á tales extremos.  
¿Qué te importa don Gonzalo,  
Mientras yo contigo esté?  
Páreceme, por mi fé,  
Que no va el mundo tan malo.  
Bebe, y levanta esos ojos  
A la luz de la bujía,  
Volvamos á nuestra orgía,  
Y... echemos estos cerrojos,  
Por si acaso.

—Y esto hablando  
Don Juan, cerró bien las puertas,  
Llenó su vaso, y... no pudo  
Mas alcanzarse de afuera.  
Porque sin duda cansado  
Del viaje abrevió la cena,  
Y en brazos cayó del sueño  
Tras de poca resistencia.

Las nueve daban apenas  
De la mañana siguiente,  
Y don Juan con la Sirena  
En pláticas bien alegres  
Concluido el desayuno  
Estaban entendiéndose,  
Cuando interrumpió su gozo  
Inesperado accidente.  
Pálida y despavorida  
Llegó la doncella Irene,  
Diciendo: ¿señor, salvaos!  
—¿Qué dices, loca?

—Que vienen  
A prenderos.

—¿A mí?  
—A vos.  
Y os acusan de una muerte  
Hecha en esta misma calle.  
—Sirena, ¿qué enredo es este?  
¿Ay! ¡huid, don Juan, huid!  
Y no estrañeis que os recuerde  
La muerte de don Gonzalo.  
—¿Vive Dios!

—Ved que quien quiere

Prenderos es Aguilera.  
—¿El! ¡por vida mia! ¡que entre!  
—Ved que son muchos.  
—No importa.  
—Por Dios, don Juan.

—Bah! tenerse  
Siempre á mi espalda y dejarlos.  
Y asiendo bizarramente  
Su larga espada, don Juan  
A abrirles la puerta fuese.  
Presentóse en ella al punto  
Don Lope con sus lebreles,  
Y grande acompañamiento  
De curiosos y de gentes;  
Y en sus miradas de triunfo  
Bien claro don Juan advierte  
El poder que la venganza  
Dentro de su pecho ejerce.  
Pero no es hombre don Juan  
Que á nadie en orgullo cede,  
Y así con desden altivo  
Aguarda á que el juez empiece;  
El cual con sonrisa doble,  
Que harto á burla se parece,  
De esta manera le dice,  
Y don Juan á él de esta suerte:

DON LOPE.

—¿Quién es don Juan de Alarcon?  
—Yo soy, buen hombre, ¿qué quiero?  
—Que se dé al rey.

—¿Con qué causa?  
—Hoy su magestad pretende  
Que en un sillón duradero  
En su presencia se siente.  
—Pues dadle al rey muchas gracias,  
Que yo no quiero de reyes  
Mas que los bustos que corren  
En sus monedas.

—No intente,  
Señor galan, resistirse,  
Que en sangre tenidas tiene  
Las manos, y de un tal Bustos  
He sido yo algo pariente.  
—¡Hola! ¿Sabeis esa historia,  
Y esa sangre os pertenece?  
Pues no intenteis, seor golilla,  
Que con la vuestra se mezcle,  
Porque quien vertió la una  
A verter otra se atreve.  
—¡Ea, mancebo, ya basta!  
¿Espada y persona entregue,  
O vive Dios!...

—Norabuena,  
Por ella quien guste llegue,  
Que por el puño la tengo.  
—Pues á él, ministros, prendedle.  
—Pues, señor juez, adelante,  
Y salga lo que saliere.

Así diciendo don Juan  
Con la cuadrilla arremete,  
Sentando en ella sin tino  
Estocadas y reverses.



Y en vano se le antepone  
 Densa nube de corchetes,  
 De escribanos y testigos:  
 El tira siempre de frente,  
 Y en dos minutos despoja  
 De bultos el gabinete,  
 Y huye espantada la turba  
 Al rey invocando siempre.  
 Desmayóse la Sirena,  
 Rompió en clamores la Irene,  
 Y en un momento en la calle  
 Se arremolinó la gente.  
 Rejas y balcones se abren  
 Al ruido, y todos haciéndose  
 Pregunta sobre pregunta,  
 Mas todos sin entenderse.  
 Quién huye despavorido  
 Sin saber de lo que teme,  
 Quién oye estúpido y mira,  
 Quién bravea sin moverse  
 Desde la calle entre tanto  
 Que nada ve ni comprende.  
 Ayes y votos se escuchan,  
 Estoques por alto vénse,  
 Y bocas abiertas dando  
 Ordenes que nadie atiende.  
 Miran todos á la casa  
 Por fuera de las paredes,  
 Como si á través pudieran  
 Ver lo que dentro sucede,  
 Y el dintel los alguaciles  
 A pasar sin atreverse,  
 Se desganitan de miedo,  
 Y al auditorio ensordecen.  
 Al fin por sobre el gentío  
 Viéronse llegar ginetes  
 Atropellando la turba  
 Y armados hasta los dientes.  
 Doblaron los alguaciles  
 Sus roncas voces al verles,  
 Y oyéronse maldiciones  
 De la magullada plebe.  
 Y en tanto en una antesala  
 Don Juan esgrime y revuelve  
 Contra tres que cara le hacen,  
 Con el juez que se defiende;  
 Pues insultado Aguilera  
 Por él, y mofado al verse,  
 Tiró el baston y echó mano  
 Al estoque bravamente.  
 Mas es muy diestro don Juan  
 Y en tal posicion se tiene,  
 Que espada y daga empuñando  
 De tal modo les ofende,  
 Que no desperdicia un golpe  
 Ni un pié de terreno pierde.  
 Dá, cía, pára, se cubre,  
 Amaga, recibe, vuelve,  
 Al uno tira de punta,  
 Al otro á revés le hiere,  
 Y al fin con un doble amago  
 Al de Aguilera sorprende,  
 Y en la tetilla derecha

Honda estocada le mete.  
 Cayó don Lope y los otros  
 Que por él lidian, al verle  
 Doblaron contra don Juan  
 Con rabia, aunque inútil siempre,  
 Pues él que vé su venganza  
 Cumplida, y abajo sienta  
 Caballos, tal les acosa,  
 Que al uno le desguarnece,  
 Derriba al de la derecha,  
 Y sobre el tercero llueve  
 Tal tropel de cintarazos,  
 Y con voz tan insolente  
 Les insulta y les confunde,  
 Que aturdidos los pobretes  
 Huyeron al fin mohinos  
 Y zurrados malamente.  
 Entonces don Juan, que nunca  
 Su peligro desatiende,  
 No pierde el tino en su ira.  
 Con mano asaz diligente  
 Cerró las puertas, y astuto  
 Buscó balcon que cayese  
 A otra calle y por las rejas,  
 Descolgóse osadamente.  
 Gritó un hombre que pasaba,  
 Pero no pudo dos veces,  
 Porque don Juan levantándose  
 Tendióle de un golpe inerme.  
 Miró, y eligió camino,  
 Se embozó bien, y metiéndose  
 Por una calle escusada,  
 Para su posada fuese.  
 Tomó el caballo en que vino,  
 Salió de Toledo al puente  
 Y echó á escape, encomendándose  
 A su brio y á su suerte.

Echó la justicia mano  
 De Sirena y de la gente  
 Que halló en su casa; crecieron  
 Los procesos como peste,  
 Y concluyóse la causa  
 Al concluir nueve meses,  
 Y en ella los que quedaron  
 Pagaron por los ausentes.  
 Del juez y de don Gonzalo  
 Las averiguadas muertes  
 En una sola sentencia  
 Se vengaron de esta suerte:  
 Condenóse allí á don Juan  
 A morir, si se le hubiere;  
 Mas nadie pensó en buscarle,  
 Como continuo acontece.  
 A Sirena por diez años  
 A reclusion, y por siete  
 A la criada, mandando  
 Que al de Aguilera lo entierren.

Con que se salva quien corre,  
 Y acierta quien se defiende,

Y está visto, la fortuna  
 Solo ayuda á los valientes.

Hundia el sol su disco refulgente  
 Tras la llanura azul del mar tranquilo,  
 Dando sitio á la noche, que imprudente  
 Presta con sus tinieblas igualmente  
 Al crimen manto y al dolor asilo.  
 Y allá en ocaso al espirar el día  
 Con su postrera luz reverberaba,  
 Y del inquieto mar se despedía,  
 Y de la tierra que á lo lejos via  
 Que de las sombras en poder quedaba.

Alcanzábase á Cádiz la opulenta,  
 Blanqueando débilmente entre la bruma.  
 Sentada á flor del agua turbulenta,  
 Como queda despues de la tormenta  
 Témpano errante de perdida espuma.  
 Y aun se podian distinguir apenas  
 Los altos y movibles masteleros  
 Por cima y en redor de sus almenas,  
 Y en alas de las ráfagas serenas  
 La voz de los cansados marineros.

Mas no bien al crepúsculo indeciso  
 Tragó la luz de la amarilla luna,  
 Cuando en cóncavo son tronó imprevisto  
 Cañonazo de leva, ronco aviso  
 De nave que invocaba á la fortuna.

Lanzóse una á la mar, y á toda vela  
 Abandonando el puerto prontamente  
 A par del viento favorable vuela,  
 Y á la luz clara que en la mar riela  
 Se la mira vogar tranquilamente.

A Italia va. Dichosos los que aguardan  
 A su playa feliz llegar en ella,  
 Y el tiempo cuentan que en mirarse tardan  
 Bajo el benigno sol de Italia bella.

A Italia va: país de los placeres,  
 Encantado vergel rico de flores,  
 Vivienda de hermosísimas mujeres,  
 Patria feraz del genio y los amores.

A Italia va don Juan, ¡y á dónde iría  
 El osado y amante pendenciero,  
 A prolongar su interminable orgía  
 Y á gastar su existencia y su dinero?

A Italia, sí; porque en Italia mora  
 El amor, la molicie y la pereza,  
 A Italia, sí, donde el placer se adora  
 Altares levantando á la belleza.

A Italia va don Juan. ¡Cuánta esperanza,  
 Cuánta ilusion de amor y de ventura,  
 Lleva en su corazon, que nunca alcanza  
 Fin á la dicha ni al placer hartura!

Atrás queda y burlada la justicia,  
 Atrás los muertos que dejó lidiando;  
 Mas la suerte con él marcha propicia  
 Cabo feliz á cuanto emprende dando.

SIRENA, MARGARITA... ¿quiénes fueron?  
 Ya sus nombres le son desconocidos:  
 Su amor y sus encantos se perdieron  
 Un momento despues de conseguidos.

A Italia va don Juan. La España toda  
 Llena tras él de sus memorias queda  
 Solo volver á España le acomoda  
 Cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.  
 "Mientras es joven (dice) mientras lleve  
 "Deseo el corazon y oro el bolsillo,  
 "Lanzarse el hombre á los deleites debe  
 "Del sol de su fortuna al falso brillo.  
 "El placer es mi Dios; mi alma desea  
 "Para solo gozar larga la vida:  
 "Cuando sin oro y sin placer la vea  
 "Como una inútil prenda envejecida,  
 "Con estóica calma indiferente  
 "Despojaréme de ella, convencido  
 "De que al que un aura de placer no aliente  
 "Le debe de bastar lo que ha vivido."

Tal es don Juan y tal el pensamiento  
 Que á la risueña Italia le conduce,  
 Reñir, amar, beber, hé aquí su intento,  
 Gozar solo es vivir, de ello deduce.

A Italia va don Juan, ¡y á dónde iría  
 En verdad el amante pendenciero,  
 A prolongar su interminable orgía  
 Y á gastar su existencia y su dinero!

## IV.

Fuese á Italia don Juan, lector querido,  
 Y aquí cierra su historia su cronista,  
 Que seguirle hasta Italia no ha podido;  
 Lo cual, bien sabe Dios que me contrista.

Porque no es conclusion para una historia,  
 Acabar en un viaje  
 La vida y la memoria  
 De su mas importante personaje.  
 Decir que llegó á Italia, como dice,  
 Sin añadir mas dél, es un exceso  
 De historiador sin seso;  
 Porque si al menos naufragar le hiciera,  
 Bien la historia en naufragio concluyera.  
 Pero solo nos dijo  
 A Italia fué; de donde yo colijo  
 Que fué este historiador un calavera.  
 Yo, que ¡oh lector! tus intereses miro,  
 Y á darte gusto aspiro,  
 Tras el fin de don Juan un año anduve,  
 Crónicas y memorias registrando,  
 Manuscritos y sábios consultando,  
 Mas nada de don á Juan á manos hube.  
 Hasta que al fin pasando por fortuna,  
 Y ha poco por Palencia,  
 Topé con la ocasion mas oportuna.

Un clérigo muy viejo,  
 En cuya casa por mi buen consejo  
 Me hospedé aquella noche,  
 Me contó como cosa verdadera,  
 Y por los ojos de su abuela vista,  
 Una historia que á fé que si no era



De don Juan de Alarcon, servir pudiera  
Para acabar la que empezó el cronista.

A contártela voy, lector benévolo,  
Con lo que el cuento de don Juan concluyo;  
Y aunque de su verdad no desconfío,  
A Dios plazca ¡oh lector! que como al mío,  
Concluya mi don Juan á gusto tuyo.

Seis años habia durado  
Del bravo don Juan la ausencia,  
Y su memoria, en Palencia  
Con ellos se habia borrado.

Mientras él fuera de España  
Vivió, habíanse vendido  
Sus bienes, que habian venido  
A manos de gente extraña.  
Y en fin, el mozo, expatriado  
U oculto, no pareciendo,  
Fué poco á poco perdiendo  
La hacienda que habia heredado.

Siendo ella de las mejores  
Que en toda la tierra habia,  
Está claro que tendria  
Infinitos compradores.

Pues sin deudos ni parientes  
Don Gil y don Juan, ninguno  
Puso impedimento alguno  
A sus nuevos descendientes.

Tomó y pagó cada cual  
La parte que le convino,  
Sin curarse del destino  
De lo demas del caudal.

Y un hombre, que se nombraba  
De don Juan apoderado,  
Daba un recibo firmado  
Con la escritura, y cobraba.

Nadie se volvió á meter  
En mas averiguaciones,  
Ni en ver si los Alarcones  
Podrian ó no volver.

De ellos quedó, en conclusion,  
La casa donde vivieron,  
A la que siempre entendieron  
Por la casa de Alarcon.

Cuatro paredones, esto  
Es lo que guarda Palencia  
De su pasada opulencia,  
Por triste y último resto.

Y á vuelta de algunos años,  
Y de otra generacion,  
Todos serán de Alarcon  
A las memorias extrañas.

Tal es la vida, lector:  
Quien mete en ella mas ruido,  
Cae mas pronto en el olvido,  
Y con vergüenza mayor.

En una tarde nublada  
Del turbio Enero, venia  
Por una dehesa que guia  
De Palencia á Torquemada,

Un hombre mal ataviado,  
Cuyo traje y porte fiero,  
Le daban por extranjero,  
Aunque no por muy honrado.

Traia el ceño fruncido,  
A través del cual brillaban  
Dos ojos que al par miraban  
Con insolencia y descuido.

Una daga milanese,  
Por la cintura cruzada,  
Y una larguísima espada  
En dos garabatos presa.

Todo el resto de su traje,  
Igualmente convenia  
A hombre que mas no tenia,  
O á un hombre que va de viaje.

Al ver su cuerpo fornido,  
Su capa al hombro, y su fiera  
Presencia, bien se pudiera  
Tomarle por un bandido.

Sin embargo, en su persona  
Hay cierto aire de grandeza  
Que inspira cierta franqueza  
Y á su misterio aficiona.

En un camino el hallarle,  
Pavor infunde sin duda;  
Pero si pasa y saluda,  
Vuélvese uno á contemplarle.

Y siéntese que se aleje  
Al ver tanta gallardía,  
A par que causa alegría  
Que franco el paso nos deje.

Y en fin, el viajero es tal,  
Que á todos cuantos le ven  
De lejos, parece bien,  
Pero muy de cerca, mal.

Y él, en tanto, sin curar  
De quién pasa por su lado,  
Iba con pié acelerado  
Atravesando el pinar.

Cruzó un viñedo, en seguida  
Tomó una senda que á un valle  
Por las viñas se abre calle,  
De antiguo césped vestida.

Y aunque por lo embarazado  
Que está con yerba y ramaje,  
No parece aquel paraje  
En verdad muy transitado,

El sigue siempre constante,  
Como quien sabe el destino  
A que conduce el camino  
Que se le estiende delante.

Siguió por entre los brezos  
Y el enredado zarzal,  
Con el pié ó con el puñal  
Apartando los tropiezos.

Y llegó al fin de la cuesta,  
Do se vía en la hondonada

Una casilla olvidada,  
Ya ruinosa y descompuesta.  
Y cubierto de amarillo  
Musgo y de yerba silvestre,

Rodeaba esta campestre  
Casa un corto huertecillo.  
Ya en él no habia señales  
De manos de jardinero,

Y el plantío y el sendero  
Eran sin cultivo iguales.  
Solo en su centro se vía  
Sobre un monumento alzada

De piedra una cruz labrada  
Que aun en pié se mantenía.  
Paróse ante ella el viajero,  
Y ya por respeto fue,se,

Ya por temor que sintiese,  
Dejóse en tierra el sombrero.  
Postróse despues de hinojos  
Permaneciendo un instante,

Aunque sereno el semblante,  
Con lágrimas en los ojos.  
Y oró en silencio un momento,  
Al cabo del cual alzándose

Con el sepulcro encarándose,  
Dijo así con triste acento:  
—Padre, al morir me dijisteis;  
Si algun dia tus locuras

O imprevistas desventuras  
Te roban cuanto te doy,  
Ven á mi tumba escondida,  
Que en mi sepulcro al postrarte,

Mi sombra saldrá á ayudarte...  
Cumpliése así, y aquí estoy.  
"Rompe, pues, sombra adorada,  
"Esa piedra que te esconde,

"Y á mis suspiros responde,  
"Momentánea aparicion;  
"Dime, si, que desde el cielo  
"Do mi padre habita ahora,

"No me lanza aterradora  
"Su temible maldicion."  
Calló aquí un punto: y besando  
La lápida con tristeza,

Inclinando la cabeza  
Dijo alejándose ya:  
"Quimeras!... nunca los muertos  
"Salen de la madre tierra,

"Que avara en su vientre encierra  
"El polvo que sér nos da."  
Entró, así hablando, el viajero,  
En la casa abandonada,

Roida y desmantelada  
Por el tiempo destructor,  
Y no halló cosa en su centro,  
De que echar mano pudiera

Ni aun para hacer una hoguera  
Y procurarse calor.  
Los insectos y las aves  
La ocupaban solamente,

Y en los aires de repente  
Se lanzaron en tropel,  
Al sentir bajo su techo

Rechinar la antigua puerta,  
Que al entrar por ella abierta  
Dejaba el hombre tras él.

Todo era dentro abandono,  
Desde el suelo á la techumbre;  
Vió el triste con pesadumbre  
Polvo y miseria no mas:

Y do quier que los tendia,  
Solo encontraban sus ojos,  
De otro tiempo los despojos,  
Que no ha de volver jamas.

La lluvia que penetraba  
Por los techos derruidos,  
Tenia ya enmohecidos  
Los aposentos do quier:

Y en los viejos paredones,  
Las vigas fuera de asiento  
Amagaban de un momento  
A otro momento caer.

Las puertas, al empujarlas,  
Desvencijadas cedian,  
Porque apenas mantenian  
Quicio en que apoyarse ya:

Todo, en fin, amenazando  
Pronta y deplorable ruina,  
Hacia la tierra se inclina,  
Y á hundirse en su nada vá.

Y todo esto lo contempla  
El viajero muy despacio,  
Como pudiera un palacio  
Magnífico examinar

Un anticuario curioso,  
O un avaro que allí viera  
Una joya que otro hubiera  
Perdido en aquel lugar.

Mas sin duda despechado  
De no hallar lo que apetece,  
Contra sí mismo parece  
Que revuelve su furor;

Y en la sonrisa sardónica  
Con que miró cada objeto,  
Se ve que le da en secreto  
Su vista intenso dolor.

Suelta á veces repentina  
E histérica carcajada,  
Y á veces con voz airada  
Espantosa maldicion:

Y otras veces dulce y lánguida  
Melancolía le inspira,  
Y tristemente suspira  
Su oprimido corazon.

A veces se cree que llora,  
Y otras con voz insegura  
Preces por bajo murmura,  
Que son conjuros tal vez;

Y á veces con ira impía  
Jura, maldice y blasfema,  
Provocando un anatema  
De Dios, con insensatez.

En fin, parece que víctima  
De escasperados pesares,  
Ni espera ya en los altares,  
Ni fia en sí mismo ya:



Y alguno dijera, viendo  
Su descompuesta figura,  
Que asentada la locura  
Dentro su cerebro va.  
Al fin, abriendo ventanas  
Y puertas desencajando,  
Rompiendo y aniquilando  
Cuanto encuentra aquí y allí;  
Llegó hasta un salon oscuro,  
Cuyo fondo daba entrada  
A otra fábrica apartada  
Que no habia visto hasta aquí.  
Daba de la casa á un ángulo,  
En que estriba un aposento  
Que parece en su cimiento  
Mas seguro gravitar,  
Y al que separa del resto  
De aquel edificio triste,  
Una puerta que resiste,  
Y él pugna por desquiciár.  
Mas no pudiendo, y no hallando  
Ni llave ni picaporte,  
Tentó hallar algun resorte  
Que la moviera tal vez;  
Y al cabo de ir apurando  
Sospechas una por una,  
Asió un clavo por fortuna,  
Y se abrió con rapidez.  
Daba la puerta á una estancia,  
Con escasa diferencia  
Alhajada en opulencia,  
De las otras á la par;  
Aunque algo menos ruinosa,  
Y al parecer en secreto  
Preparada á algun objeto  
Difícil de adivinar.  
No habia de aquel oculto  
Y aislado aposento en torno,  
Mas mueble ni mas adorno  
Que un antiquísimo arcon,  
Cuya llave conservada  
En su propia cerradura,  
Tal vez al secreto augura  
Misteriosa solucion.  
Abrióla aquel hombre, acaso  
Esperando en su fortuna,  
Alzó la tapa importuna,  
Ansioso de ver si allí  
Algun secreto encontraba  
Que influyera en su destino,  
Mas solo halló un pergamino  
Escrito, y decia así:  
COMO CUANDO AQUÍ TE VUELVAS,  
TODO LO HABRAS YA PERDIDO,  
Y TENDRAS PUESTO EN OLVIDO  
A TU PADRE Y A TU HONOR,  
EN ESA CUERDA Y ESCARPIA  
LO QUE MERECEZ TE DEJO....  
Y CREO QUE ES EL CONSEJO  
QUE PUEDO DARTÉ MEJOR.  
Quedóse don Juan atónito,  
Pues no era el otro el que leia,  
Ni era otro el que escribia,

Sino su padre don Gil:  
Y sin apartar los ojos  
De aquel fatal pergamino,  
Contemplaba su destino  
Con arrebató febril,  
Y vió que habia en el techo  
Una escarpia asegurada,  
Y en el arcon enrollada  
Miró la cuerda fatal;  
Y desplegándose toda  
Su existencia ante sus ojos,  
Su insensato le dió enojos.  
Panorama criminal.  
No habia en él mas que juegos,  
Pendencias y desafíos,  
Disolutos amorios,  
Y crímenes por do quier.  
Aquí el esposo ultrajado;  
Allí la justicia hollada;  
Acá la monja engañada;  
La seducida mujer.  
Asesinado el amigo,  
Allá en la sombra moria,  
En su sangrienta agonía  
Maldiciendo su amistad:  
Allá, la lívida sombra  
Del desdichado Aguilera,  
Salia rabiosa y fiera  
De la oscura eternidad.  
Y todas sus mil memorias  
De riñas y seducciones,  
En negras apariciones  
Mostrándose por do quier,  
Veníansele acercando  
En muchedumbre siniestra,  
Con el puñal en la diestra,  
Su impia sangre á verter.  
Todas estrechando el círculo,  
En redor suyo apiñadas  
Venian desesperadas  
A maldecirle á una voz;  
Cada cual con justa cólera  
Pidiéndole ansiosa cuenta  
De alguna hazaña sangrienta  
O de algun crimen atroz.  
¡Ay, delira el desdichado!  
La sangre hirviendo en sus venas  
Le deja intervalo apenas  
En que poder respirar:  
Y ¡miseró don Juan!... ¡miseró  
A donde quiera que mira,  
Ve un espectro que con ira  
Viene su alma á demandar.  
¿Y su padre? no, no hay duda:  
Al ver de don Gil la letra,  
El cruel destino penetra  
Reservado para él:  
Y sintiendo la conciencia  
Que le despedaza el pecho,  
Dijo de pronto: "Esto es hecho;"  
Y asíó con ira el cordel.  
Hizole un lazo á una punta,  
El arca arrastrando trajo,

Hasta ponerla debajo  
De donde la escarpia está:  
Y atando un extremo en ella,  
Y en su cuello el otro extremo,  
Maldijo don Juan su estrella,  
A morir resuelto ya  
Colocóse sobre el arca,  
Disminuyó cuanto pudo  
El espacio que del nudo  
Hasta su cuello quedó:  
Y entonces, segundo Judas,  
Con habla ya enronquecida,  
Así de la alegre vida  
Diciendo se despidió.  
"Teneis razon, padre mio,  
"Ya otra cosa no me resta;  
"Para una vida como esta,  
"Mucho mejor es morir.  
"Teneis razon! Gran regalo  
"Me dejais, y lo merezco,  
"¡Ea, pues! ya os obedezco.  
"¡Abra Dios mi porvenir!"  
Tras cuyas impías palabras,  
Con los piés la arca empujando,  
Quedó el misero colgando,  
Blasfemando de su Dios:  
Mas no bien gravitó el cuerpo  
En la escarpia, cuando al punto,  
Hierro y cordel todo junto  
Cayó de su cuerpo en pós.  
Desplomóse con estruendo  
La carcómida techumbre,  
Y empolvada muchedumbre  
De escombros bajó detrás.  
"¡Malditos maderos viejos!"  
Esclamó don Juan alzándose,  
Mas en su plan afirmándose,  
Dijo: "Un árbol valdrá mas."  
Mas mirando al techo al irse,  
Por azar, cuál fué su asombro  
Cuando pegado á un escombros

Otro pergamino vió,  
Que á un lado manifestaba  
Un cerrado cofrecito,  
Y en él se veia escrito  
Esto, que don Juan leyó:  
PUES TUS VICIOS ¡INSENSATO!  
HASTA AQUÍ TE HAN CONDUCTIDO,  
TEN HORROR DE LO QUE HAS SIDO,  
Y MIRA LO QUE A SER VAS:  
TOMA Y VIVE, MAS ACUERDATE  
QUE CUANDO YA NADA TENGAS,  
SERA FORZOSO QUE VEN GAS  
POR OTRA ESCARPIA QUIZAS.

## CONCLUSION

Tú crearás, lector amigo,  
Que don Juan esto leyendo,  
En cuentas entró consigo,  
Y por fin escarmentó.  
Tambien yo lo suponía;  
Pero, amigo, nada de eso,  
Porque aquel clérigo obeso  
Que esta historia me contó,  
Me juró como hombre honrado,  
Que habia despues sabido  
Que este don Juan, perseguido  
Por la justicia otra vez,  
Se escapó con su tesoro,  
Y volvió á su antigua vida,  
Gastando en Francia su oro  
Con bizarra esplendidez.  
¿Y sabes lo que me dijo  
Aquel venerable anciano,  
Apretándome la mano  
Acabado el cuento ya?  
Pues me dijo aquel buen viejo,  
¡Oh lector de mis entrañas!  
Que á quien tiene malas mañas....  
El refran se lo dirá.